

## HOMILÍA VIGILIA PASCUAL

Queridos hermanos y hermanas:

Feliz Pascua. Esta es la Noche, con mayúscula, la noche de la inversión más radical: de la muerte a la vida, de la desesperanza a la alegría, de la noche más oscura a la luz más plena.

En esta noche llega a su momento cumbre esa larga historia de amor de Dios con los hombres, narrada en las diversas lecturas que acabamos de escuchar. Llega a su cumbre, culmina, pero no termina, porque Dios, con la fuerza y presencia de su Espíritu, el Espíritu del Resucitado, sigue amándonos, haciéndose y haciendo historia, atrayéndonos hacia Él, nuestro Destino, también a través nuestro.

Me centro en el evangelio. Comienza así: “Pasado el *sábado*...”. A veces nos pasa desapercibida la importancia de este día. Fue, especialmente para el grupo más íntimo de Jesús, un día duro, difícil, de miedo e incertidumbre, probablemente de silencio o de arrojarse mutuamente en un intento, quizá desesperado, de encajar la tragedia que se les había venido encima demasiado rápido. Fue día de memoria herida, de esperanza sofocada: “Nosotros creíamos, esperábamos... (cf. *Lc 24,21*). ¿Dónde estaba ese Dios bueno del que Jesús tanto hablaba? ¿Por qué lo dejó solo? No es difícil reconocernos en esa noche oscura del alma cuando la vida nos golpea.

La tradición nos dice que ese día María oraba y esperaba. Tampoco parece que las otras mujeres, aquellas que también habían estado firmes al pie de la cruz, cedieran a la desesperanza. No renunciaron al amor. De hecho, estaban dispuestas para acudir al sepulcro en cuanto pudieran. Aunque la versión de Mateo que hemos escuchado lo omite, debieron, como sugieren Marcos y Lucas, preparar en sus casas los perfumes para el cuerpo de Jesús. Quizá eso supusiese profanar el *sábado*, día, como sabemos, de descanso absoluto; pero Jesús les había enseñado que siempre es tiempo de hacer el bien. En contrapartida, Mateo constatará la gran ironía de que, precisamente en *sábado*, en ese *sábado*, los fariseos y los sumos sacerdotes, aquellos que tantas veces habían acusado a Jesús de profanar el *shabbat*, se empeñaron por todos los medios en «impedir» la resurrección. Pretendieron ahogar el bien. Eso sí es profanar la vida, el día dedicado al Señor.

Mas sus esfuerzos fueron inútiles. Al amanecer del primer día, el poder de Dios intervino definitivamente en el sepulcro, el lugar donde

quien entra no sale. «Nadie ha regresado», se dice popularmente, ignorando u olvidando que el Señor sí regresó, *por nosotros*, no para satisfacer nuestra curiosidad, pero sí para llevar vida donde hay muerte, para abrir boquetes de esperanza allí donde esta se ha perdido, para remover una y otra vez las enormes losas que nos ahogan. En los rincones más oscuros de la vida, brilla una luz, como la de esta noche, porque Dios es fiel. No nos ha dejado, ni nos deja solos, ni siquiera en el dolor, en la angustia o en la muerte, a la que Dios mismo ha arrebatado la última palabra. Con Dios nada ni nadie está perdido.

Curiosamente, removida la losa, roto el sello del sepulcro, los que parecen muertos ahora son aquellos que guardaban la tumba. Gran ironía: Jesús vive y los que habían sido puestos para impedirlo están como muertos. Y es que quien no ama sí está muerto de verdad, porque solo quien ama y es amado intuye realmente lo que es la vida. El que, en su egoísmo, envidia o afán de poder, impone una cultura de muerte o pretende impedir la vida, quien atenta contra su hermano o lo ignora y pasa de largo, él sí está muerto de verdad.

Ante el pánico de los soldados, el ángel dice a las mujeres: «¡No temáis! Buscáis al Crucificado... No está aquí. Ha resucitado». Y el pánico de unos contrasta con la alegría de aquellas mujeres que se convierten en apóstoles, heraldos de la gran noticia, llamadas a reavivar la fe de los discípulos. Su testimonio nos alcanza y reaviva la nuestra. Buscaban un cadáver y se han encontrado con la Vida con mayúscula.

Y en su camino se encuentran con el Señor, quien, de nuevo, les dice: «No temáis». Grabemos estas palabras en nuestra mente y en nuestro corazón. Con Cristo, nada hay ya que temer, pues no hay ningún lugar donde Cristo no haya descendido y no haya vencido.

El Señor les reafirma en la misión: «Id a mis *hermanos*». No dice *discípulos*, como el ángel, sino *hermanos*. Se restauran esas relaciones fraternas con el Señor, al que habían abandonado. El tono usado está entrañado de perdón y ternura. La resurrección del Señor restaura la fraternidad con Él y entre nosotros. No olvidemos que el amor fraterno es la señal distintiva del discípulo (*Jn 13,34s*).

Deben volver todos a Galilea, donde el Señor los precede, para encontrarse allí con Él. Galilea es el lugar de la primera llamada, de ese primer encuentro, ese primer amor (no lo olvidemos nunca, rememóramoslo cuando la fe se achica) y es el lugar de la vida cotidiana, la familia, el trabajo... Jesús desea que llevemos la esperanza allí, a la vida de cada día. Galilea dice también *periferia*. Llevemos la esperanza, como tantas veces nos exhorta el papa, a las periferias del

dolor, de la pobreza, de la desesperanza. Allí nos sale al encuentro el Resucitado. Debemos educar la mirada durante estos días de Pascua (las lecturas de este tiempo nos ayudarán) para saber reconocerlo allí donde se nos hace el encontradizo: en la comunidad creyente, en su Palabra y en la fracción del pan, en el hermano, especialmente en el hermano sufriente, en lo recóndito del corazón, en la vida de cada día...

Queridos hermanos. Somos testigos del Resucitado. Acojamos la esperanza que trae su luz, para que también nosotros podamos suscitar y resucitar esa misma esperanza en tantos corazones abrumados por la tristeza o la oscuridad. Seamos candelas, sencillas y humildes, que compartan la luz del Resucitado. Seamos luz. Para ello, ya sabemos cuál es el camino: desgastarnos como el cirio pascual por el bien de nuestros hermanos. Así lo hizo Jesús, nuestro Camino y Destino. Yendo por Él, no nos perderemos jamás.

Queridos hermanos y hermanas, ¡Cristo ha resucitado! Abrámonos a la esperanza y pongámonos en camino. ¡Feliz Pascua a todos!